



Jaime Mundina Soler - 1 -

ANSIAS DE VIVIR

Jaime Mundina, de Almazora, hace un relato vivo y apasionado de las vicisitudes por las que tuvo que pasar al comienzo de la Guerra Civil, aunque, antes, recuerda su experiencia durante el servicio militar. Hemos rescatado también un fragmento de su vida entre la Guerra de Cuba y la Guerra Civil, por la especial referencia que nos hace a una cantinera del Regimiento Tetuán. Se ha respetado escrupulosamente la ortografía original.

Memorias de la persecución de un hombre del pueblo, en la época roja

Antecedentes necesarios.

El día 2 de Septiembre de 1.936, siguiendo el desarrollo de la tragedia en que se iba desarrollando mi vida desde que estalló el Glorioso Movimiento Nacional, y cuyo detalle dejo para el momento oportuno, ingresé en la Prisión Celular de Valencia, con destino a la enfermería de dicho establecimiento carcelario.

La hidra roja había mordido mi carne y por un verdadero milagro de la Divina Providencia, se me ofrecía en aquel recinto de sufrimiento la posibilidad de curar mis heridas. Y no solamente era mi cuerpo, la materia, lo que se hallaba necesitado de aquel reposo, de aquella cura, al cabo de tantos días de terrible aventura, de continua persecución; era mi espíritu también, lo que precisaba de apacible tregua, de descanso y calma.

En la cárcel se atravesaban los inolvidables momentos de peligro en que vivían los reclusos, en los primeros días de nuestra Santa Cruzada. Cada noche salían muchos compañeros en "libertad" y su dramática despedida era para siempre. Episodios espeluznantes podían relatarse para dar una idea del régimen de terror que imperaba por entonces en todas las prisiones rojas.

Pero era tanto lo que había sufrido que, a pesar de la inseguridad, de la constante amenaza y el triste ejemplo ajeno, me creí en un remanso de paz, en un refugio inasequible para mis enemigos.

Sólo a los doce días de permanencia en aquel sitio, experimenté un nuevo sobresalto. Fue el 14 del mismo mes de septiembre. Cansado de mi obligada estancia en el lecho que se me designó, y sobre las tres de la tarde, decidí levantarme para dar un paseo por el jardín anexo a la enfermería, sin pensar el peligro que ello pudiera significar para mis heridas aun recientes. Con el brazo derecho bien sujeto y en cabestrillo, con intenso dolor en la espalda, intenté reuniendo todas mis fuerzas y voluntad, llevar a cabo mi propósito; pero en el momento preciso en que me dirigía a la salida del jardín, me detuvo el ruido de un disparo al que siguieron, luego, dos o tres más, teniendo la certeza de que se habían hecho dentro de la cárcel. Al instante ví al oficial de guardia en la enfermería que apresuradamente penetraba en su aposento. Más tarde oí unas voces que decían, gritando:

- La Columna de Hierro está dentro de la Cárcel

Yo, de momento, no supe que hacer, si esconderme o meterme en el sitio que estaba. A menudo se comentaba entre los presos que cualquier día la citada Columna de Hierro asaltaría la prisión y nos asesinarían a todos. Por unos segundos pensé que esto iba a realizarse ahora. Pero pronto renació mi fé y lo mismo que sentí durante la trágica noche de Faura, donde se me creyó muerto después de dispararme varios tiros “a boca jarro”, como vulgarmente se dice. Creí en éste trance. ¡Dios no quiere que yo muera!. Y en ésta confianza me dispuse a aguardar los acontecimientos.

Pronto pude ver aparecer por la puerta de la enfermería a un grupo de hombres que pistola en mano se dirigían hacia donde yo estaba . Volví a pensar rápidamente en el punto final de mi vida. Pero ellos sin hacer caso de mi presencia, penetraron en el departamento del oficial, al que sacaron y obligaron a que les guiara a través de las salas.

Aproveché ésta circunstancia para volver a mi cama y al entrar en nuestra habitación aquellos hombres de semblante hosco y amenazador precedidos del oficial, uno de ellos preguntó autoritariamente:

- ¿Vosotros, por qué estais aquí?

A lo que uno de los enfermos, con acento andalúz, respondió que eran las mujeres la causa de nuestra estancia en tal sitio. Esto incomprensiblemente, le cayó en gracia al “bizarro” miliciano y después de celebrarlo con grandes risas, se alejó seguido de los suyos.

Más tarde me enteré de que ningún preso sufrió daño alguno y que la Columna de Hierro se había contentado con quemar el fichero y saquear el economato.

Sin ningún incidente más que señalar en aquella etapa, el 30 de Diciembre fuí juzgado por el Comité Ejecutivo Popular, Tribunal Especial de Justicia, el cual, al no hallar, al parecer, causa alguna, digna de castigo, decretó mi libertad.

Y fue luego en las largas horas de reclusión voluntaria, en el escondite a que hube de recurrir para salvar nuevamente mi vida, donde concebí el deseo de dar comienzo estas memorias, relato fiel, sencillo, de la existencia de un hombre de pueblo, que todo lo debe al trabajo, constituyendo su único crimen el haber sido siempre honrado, católico, como aprendió a serlo de las enseñanzas y ejemplo de sus padres, labradores de la Plana, oro viejo de una época pasada, aróma sublime, en su humildad, que aun perfuma lo mas dulce y santo de mi recuerdo.

(... ..)

Memorias

El lugar de mi nacimiento, en 1876, fue en Almazora, pueblo próspero, situado entre naranjales, a pocos kilómetros de Castellón de la Plana. Mis padres, Jaime y Maria, eran labradores honrados y pobres, sólo atentos, el uno a ganar el jornal diario, sostén básico de la familia, y la otra al mejor gobierno de la casa, santuario de edificantes ejemplos, de cariños, penas y alegrías, que aun recuerdo con sincera emoción y hasta con hondo fervor de espíritu.

(... ..)

En el 1.894 me cupo en suerte ser soldado y a causa de èsto, como era costumbre en aquellos tiempos, en compañía de algunos amigos decidimos celebrarlo libando más de la cuenta, por lo que tuvimos un serio disgusto al entablar una reyerta que nos llevó a visitar la Cárcel de Castellón, lugar donde medité con serenidad las inconveniencias de no administrar comedidamente el entusiasmo juvenil por el placer que nos brinda el culto a Baco.

Cinco días después de èstos acontecimientos y tras grandes trapisondas, volví a Almazora decidido a guardar buena memoria de la corrección que me habia sido aplicada junto a mis compañeros.

En el 1.895 me incorporé al Batallón de Cazadores de Figueras, Nº 6 de guarnición en Manresa. A los tres meses de mi incorporación me fueron conferidos los galones de cabo. Este ascenso, así como la circunstancia de ser muy estimado por mis superiores, en premio, según ellos, a ser muy estudioso y limpio, me acarreó la envidia de algunos de mis compañeros de graduación, motivándose por ello algunos incidentes.

Uno de tales fue, el que cierto soldado me quitó el tapón del fusil y como no me lo quiso devolver, tuve que dar parte al cabo de cuartel. Este nos hizo formar ante él y sin mas explicaciones nos obsequió a cada uno con un magnifico par de bofetadas en las mejillas. Esto no puede olvidárseme nunca.

El día 25 de Agosto de 1.895, ya empezaba la guerra de Cuba y con el Batallón de Cazadores de Barcelona Nº 3 embarqué para la Habana en el vapor "Montevideo". La travesía, partiendo del puerto de Barcelona, costó dieciseis días, manteniendose el viaje con absoluta normalidad.

El 9 de Septiembre a las dos de la madrugada llegamos a Puerto Rico, causándonos maravilla la vista del puerto que a dicha hora mostraba una fantástica iluminación eléctrica. Imposible describir nuestra alegría al presenciar la multitud de lanchas que repletas de negros y de blancos otras, rodeaban el buque al amanecer. Todos nos saludaban a la vez procurando hacer resaltar la cordialidad de su acogida. Unos minutos más tarde se nos advertía que podíamos escribir a la Península, dándonos para ello dos horas de tiempo. Aproveché pues ésta coyuntura para comunicar a mis padres mi salida de España, ya que por no ser partidario de alarmarles, no quise poner en su conocimiento la triste nueva de mi partida para la guerra.

Mi sentimiento en tal ocasión, debo confesar, que eran de hondo patriotismo y ésto mitigaba el dolor que pudiera producirnos una separación, tal vez eterna, de los que me dieron el ser.

Empecé pues a escribir mi carta para ellos, en tonos de exaltado amor a la Patria y en párrafos también repletos de amor filial, les manifestaba que su recuerdo querido había de acompañarme siempre. También encomendaba a mis hermanos que respetasen y cuidaran a nuestros padres con todo el cariño que ellos se merecían, dando fin a la misiva con el deseo de una pronta vuelta a los patrios lares y un abrazo muy fuerte para todos.

Vertí lágrimas en aquella carta que a mi me pareció como una reliquia de conmovida ternura que arrancada del corazón de un soldadito español que iba a luchar a tan lejanas tierras en defensa del honor de su Patria, enviaba a los que, con ansia infinita, elevarían sus plegarias en el blanco pueblo natal, hacia Dios, para que le protegiera en las batallas.

El día 12 de Septiembre arribamos a la Habana. La capital nos recibió engalanada y al desfilar por sus calles, rompiendo las filas de vigilancia, grupos de señoritas nos ofrecían cigarros con cintas de los colores nacionales, soltándose así mismo desde los balcones bandadas de palomas. Mas tarde fuimos alojados en el Castillo del Príncipe y por la noche paseamos por las calles de la ciudad, siendo invitados a entrar en un teatro, donde por cierto se representaba “La Verbena de la Paloma”.

Al día siguiente salimos en tren con dirección a Jaguaramas, pueblo situado en la provincia de Santa Clara, zona destinada para nuestras operaciones. Desde nuestra llegada a la citada localidad, hube de sostener, dentro de mi natural respetuoso y comedido para con mis jefes, una constante y violenta divergencia con el Capitán de la tercera Compañía, a la que yo formaba parte. Sólo la mediación de la señora del oficial a que me refiero, pudo poner bondadosamente, punto final a la absurda rivalidad nacida entre nosotros y cuyo detalle, prolijo y molesto, rehuso poner de manifiesto en el desarrollo de éstas Memorias.

Como Comandante General de la Isla actuaba entonces el General Martínez Campos, quien dispuesto que toda la fuerza en vez de operar en junto, prestara sus servicios dividida en destacamentos. Mi capitán obedeciendo ésta orden formó uno de ellos, compuesto por veintiocho

soldados y dos cabos; como es natural yo fui de los escogidos, llenándome de regocijo ésta elección, pues era mi deseo demostrar a D. Darío Valiña, que así se llamaba el capitán, que no tenía inconveniente en ser mandado por él y demostrarle mi valor ante el enemigo.

Como acontece en muchas ocasiones, Darío Valiño llegó a estrechar una gran amistad conmigo, causándome admiración y provocando el llegar a quererle su gran valentía.

Recien formado el destacamento, éste fue destinado al ingenio de Juragua en el partido de Cienfuegos, distando la propiedad tres horas del citado pueblo y sin comunicación de ninguna clase. Los hilos de teléfono aparecían cortados y muchos postes en el suelo, pero el capitán ayudado por todos nosotros, logramos reconstruir la línea y comunicar después con el castillo de Jaguar, que se hallaba en la parte opuesta del río que atraviesa Cienfuegos.

Durante tres meses patrullamos por aquellos contornos y al final de ellos recibimos orden de reincorporarnos al batallón. Pero antes de pasar más adelante, no puedo menos que relatar algunos de los episodios que tuvieron lugar en aquellos 90 días, resaltando como merece la extraordinaria bravura del capitán Valiña.

El servicio de patrulla se realizaba por la fuerza a pie, pues sólo el capitán tenía caballo. Esto constituía una gran molestia, ya que de atacarnos grandes partidas de insurrectos, sólo contábamos con poder refugiarnos en un, a modo de fortín construido cerca de Cienfuegos, utilizando una casita de planta baja, alejada además unos cincuenta metros, del Ingenio, y a la que rodeamos de unos hilos de espinillo y unos postes. Afortunadamente, en todo el tiempo que permanecimos en aquella comarca, el único enemigo que merodeaba por ella lo componían pandillas de campesinos que, aprovechándose de la situación de la guerra, se dedicaban a cometer algunos robos y saqueos. A éstas gentes les reconocimos suma habilidad, pues jamás pudimos descubrirlos ni apresarlos.

En éstas circunstancias y para dar mayor movilidad a nuestro servicio, decidimos proveernos de caballos. Para ello, salimos a los caminos y a los paisanos que encontrábamos montados a caballo, cuya procedencia no sabían explicar y así mismo ellos se hallaban desposeídos de documentación que identificara su persona, les era confiscadas sus monturas y de ésta forma nos fué dado el dotar a la compañía de caballos y recorrer en pocas horas varios kilómetros, con provecho de la vigilancia.

En el fuerte quedaban siempre un cabo y doce soldados y el capitán al frente del resto de la guarnición, se dedicaba a recorrer los doce kilómetros de línea telefónica, cuya custodia nos estaba encomendada.

Muchas veces, aunque Darío Valiñas conocía la disposición de sus soldados, se dirigía a ellos en tono de broma preguntándoles cuál sería su actitud si de pronto aparecieran los insurrectos, a lo que los muchachos

respondían riendo: ¿Qué, que haríamos?. Pues hechar a correr y salvarse el que pueda. Cierta día, nos dio aviso un paisano que en un bohío, situado en mitad de un monte que se hallaba a tres horas de distancia de nuestro destacamento, se había refugiado, herido un cabecilla rebelde. Por la noche, sirviendonos de guía el paisano a que nos hemos referido, salimos en dirección al escondite del insurrecto casi toda la guarnición, ya que en el fortín solo quedaron cuatro soldados y un cabo. Nuestra salida fué a las diez de la noche y aproximadamente a las doce, a muy corta distancia del sitio a que nos dirigíamos nos apeamos de los caballos y los atamos al tronco de un árbol en un bosque próximo. El Capitán me hizo quedar para su custodia con cuatro soldados, y él, el resto de la fuerza, juntamente con el paisano, siguieron adelante.

Los que nos quedamos al cuidado de los caballos no nos intimidaba el hallarnos en un sitio desconocido y de noche... pero había transcurrido un cuarto de hora, cuando percibimos un ruido como de pisadas de alguien que se acercaba con gran precaución a nuestro grupo. Esto infundió algo de temor a los muchachos que quedaban a mi mando, que se apresuraban a hacer huso de sus fusiles, pero aquel puesto había sido confiado a Jaime Mundina por su valiente Capitán y su ejemplo no podía ser desmentido por los que acataban su mando.

En voz baja les dije: que desaparezca el miedo de vosotros, muchachos. Quietos y que nadie se mueva; yo iré a averiguar lo que sucede.

Arrastrandome con tiento, procuré llegar hasta donde partía el ruido y al cabo de unos segundos no pude reprimir la risa, pues la causa de nuestra alarma no era otra que las pisadas de un caballo al que habían atado largo, alejándose algo de nuestro grupo.

Serían las dos de la madrugada se oyó la contraseña convenida con el Capitán y este seguido del séquito se presentó ante nosotros, manifestando que el cabecilla a que se había referido el paisano no había sido hallado.

Vueltos al Batallón, el Teniente-Coronel dio orden de que en vista de que la espesura de los bosques facilitaba la acción de los insurrectos causando numerosas bajas a nuestras fuerzas, se organizara un servicio de exploración compuesto de un Cabo y doce soldados, que había de ir siempre a vanguardia en las operaciones a realizar. Puso de condición nuestro Jefe que de existir voluntarios para este servicio, suprimiría el sorteo, como era costumbre en estos casos.

Mi Capitán formó la Compañía y dirigiéndose directamente a mí, dijo: Mundina, Vd. quiere encargarse voluntariamente de mandar la sección de exploradores.

Contesté afirmativamente, porque era mi interés destacarme con el fin de ascender por meritos de guerra y así eximirme de volver a la tierra como jornalero, cosa que no llegué a conseguir, porque no me acompañó la suerte.

Año y medio desempeñé el cargo de Cabo de exploradores y no puede obtener otro premio que el hallar agua fresca en algun bohio, comer alguna fruta, amen de gozar de un margen mayor de libertad que mis compañeros, por independizarse mi servicio, en algunos casos, de la dirección de mis Superiores.

Nuestra labor obtuvo buenos resultados, pues observando una buena táctica, descubrimos a los emboscados, con los que sosteniamos frecuentes tiroteos que avisaban al resto de la fuerza y acudiendo al lugar del combate con la suficiente preparación.

A pesar de todo, no tardó la ocasión en que, por una falta que yo nunca llegué a comprender, fui destituido del mando de la sección de exploradores. Ello aconteció al efectuar un repliegue a la salida de un bosque y al atravesar una sábana, en cuyo extremo apareció una casucha, a cuya puerta observamos la presencia de un chino. Mis soldados "sedientos" le preguntaron si tenia agua, contestando afirmativamente aquel y facilitandoles la entrada en su vivienda para satisfacer su necesidad, En esto el Comandante que iba al frente del Batallón, al darse cuenta del hecho que dejo relatado, galopó con su caballo hacia nosotros y una vez junto a mí, me preguntó autoritariamente porque habia dejado entrar a los muchachos en aquella casa. Yo le contesté, con toda tranquilidad y sin animo de ofensa, que porque tenian sed, respondiendome él a su vez, que quedaba destituido de mi cargo.

Después de esto, desempeñé varias misiones más; hasta que en el año 1897 fui destinado a servir como cabo de escolta a un tren de pasajeros, manteniendome en el durante siete meses, o sea hasta que el cuerpo de Guardia Civil se hizo cargo de ese servicio.

El 7 de Noviembre de 1.897, yendo de protección en un convoy, al llegar al pueblo de Aguada de Pasajeros, fuimos atacados por las partidas del "Tuerto", "Mato" y "Valentin Menendez" que mandaban unos cuatrocientos insurrectos.

Por nuestra parte solo eramos los doce soldados que yo mandaba pertenecientes al Batallón de Barcelona Nº 3, y un Teniente y siete soldados del Regimiento de Infanteria de Burgos que estaban de guarnición en dicho pueblo.

Con tan escasos elementos salimos victoriosos, recogiendo al enemigo siete muertos, entre ellos el citado cabecilla Valentín Menendez, que en aquella acción no desmintió su reconocida valentía, atacando al frente de su partida. También matamos veintisiete caballos y nos apoderamos de armamento y de un prisionero del destacamento que guarnecía la población.

La captura de éste prisionero fué uno de los episodios más salientes de mi vida militar en la Isla y ello aconteció de la siguiente manera. Durante el tiroteo, se me presentó un paisano y me dijo:

Cabo, tras ésta casa se ha escondido un insurrecto. Mandé a los soldados cercaran el edificio y quise adelantar sólo hacia el mismo. Al ponerme al descubierto, se me presentó un joven de unos veintidós años, que apuntándome con su rifle me dirigió un serio insulto. Yo le disparé al momento, ocultándome en seguida tras un saliente de la casa, observando después que le había hecho blanco en una pierna. El herido se retiró nuevamente al interior de la vivienda y cuando, acompañado de los soldados, penetré en aquella, hallé sentado en el suelo a mi hombre con su rifle echado a un lado y empuñando un magnífico machete. Le apunté con mi fusil y le ordené que levantara las manos, obedeciendo inmediatamente y suplicándome que no le matara, que estaba herido y que lo habían engañado sus compañeros. --- Un español, no mata a ningún ser indefenso ---. Contesté ---. Si te hubiera muerto en lucha no lo hubiera sentido, pero ahora eres para mi sagrado.

Di orden a mis soldados que se le respetara y luego, como queda dicho, lo entregué al Teniente Jefe de las fuerzas de Aguada de Pasajeros.

Nuestras bajas en aquel combate fueron: el alcalde del pueblo, un cabo de voluntarios, y cuatro paisanos heridos, siendo incendiadas por los insurrectos cincuenta y siete casas.

Por mi comportamiento en ésta acción, alcancé dos cruces del Mérito Militar con distintivo rojo y los galones de Sargento.

Pero todo en la guerra no son penalidades. En el tiempo en que actué como cabo de escolta, todos los días salíamos a las cinco de mañana de Yaguaramas para llegar a las ocho a la estación de Amarillas, en la que subía al tren fuerza de la Guardia Civil, que me reemplazaba en mis funciones yendo yo a reforzar con mis soldados el puesto de la Benemérita, en el que solo quedaba un guardia. Hacia las cinco de la tarde, descendía el tren y entonces emprendía el regreso con mi pequeño desstacamento a Jaguaramas.

Un día en que quedó de puesto un guardia que resultó ser de Castellón de la Plana, y por lo tanto paisano mio, entablamos estrecha amistad, dedicando un sentido recuerdo a nuestra tierra lejana.

El guardia y yo volvimos a encontrarnos en otras ocasiones y cierta tarde me habló de una muchacha, residente en un bohío próximo y de la que me elogió con exaltación su bondad y hermosura. Inspirado por la curiosidad le rogué que me presentara a la referida joven y en uno de mis viajes a Amarillas me fue dado conocer a Elvira Pérez Alvarez, rubia de cabellos, blanca y fina de piel y con el encanto meloso de una conversación deliciosa y atrayente.

Como es de suponer, quedé prendado de la muchacha, que nos sirvió con toda amabilidad una taza de café con leche al estilo español y nos ofreció tabaco.

Cuando acompañado de mi amigo abandoné el bohío, no pude menos que confesarle mi enamoramiento por Elvira y mi deseo de relaciones amorosas con ella. Si también yo era de su agrado.

A los pocos días puse en práctica mis proyectos y pedí relaciones a la gentilísima Elvira, la cual me aceptó, a mi parecer, con absoluta complacencia.

El tiempo que duraron nuestras relaciones, fue para mí de lo más venturoso y su recuerdo aun produce en mi corazón cierta nostalgia. Bajo su dirección parecía otro hombre. Pues llegó a elegantizarme y adquirí la costumbre de presentarme siempre vestido impecable y con una limpieza sin mácula en mi traje de rayadillo, al que hacía juego un típico sombrero de jipi, camisa blanca con botonadura de oro, corbata azul, ... sólo la continuación de la guerra y el traslado de mi Batallón, obligado por el curso de las operaciones, logró separarme de aquella magnífica chiquilla, que era flor nacida en el solar de la Patria y trasplantada como bello homenaje de la predilección de España al último y rico florón del Imperio que no conoció en siglos la puesta del sol y que ahora se desmoronaba entre sangre y feroz lucha, aunque con presagio de glorioso resurgir.

En 1.898 cuando regresé a España, siendo licenciado en el mismo año, después de haber formado parte del Regimiento de Infantería Otumba nº 49. A partir de aquí volví a mi vida de hogar.

(... ..)

Por mi natural trabajador y activo y por conveniencia del comerciante que me tomó a su servicio, en poco tiempo escalé el primer puesto en el trabajo. Por las condiciones que dejó relatadas, llegué a dirigir un almacén de los llamados de confección de cajas de naranjas, propiedad de Francisca Pérís, oriunda de Castellón de la Plana, mujer inteligente, que de cantinera en el Regimiento Otumba pasó a ser propietaria de varios almacenes como el que yo dirigía, y a la que aconsejaba como hombre de confianza un tal Bautista Segarra, hombre listo y de mucha intención.

(... ..)

En 1.936 y habiéndose terminado la temporada naranjera, decidí en vista de que la liquidación no había sido muy venturosa, dedicar el camión de mi propiedad, utilizado para mi negocio, al transporte. Así el día 10 de Julio, mi hijo y yo, acompañados del chofer, Daniel Greses, salimos de Benetúser (Valencia) con cargamento de 4.000 Kg. de arroz con destino a Madrid, Valladolid y Salamanca. En Valladolid nos detuvimos una hora a ruegos del chofer, que había de solucionar un pequeño asunto particular. De esta ciudad castellana pasamos a Madrid, de donde nos trasladamos a Zamora para cargar cuatro toneladas y media de harina que fueron transportadas a Lugo. Más tarde fuimos a Cedeira (Coruña), donde nos esperaba un cargamento de unos 5.000 Kg. aproximadamente de sardina prensada y salada. Ya de regreso, después de atravesar nuevamente Valladolid y el Puerto de Guadarrama, al alborar el 18 de Julio, o sea hacia las 5 de la mañana, próximo al Puente de Vallecas e iniciada la vuelta a Valencia, distinguí un grupo bastante numeroso de personas que a una distancia de doscientos metros se cruzó en el camino, con los

brazos abiertos, en actitud de parar el vehículo. Yo ignorando a que obedecía tal actitud y creyendo mas bien que se trataba de alguna chiquillada ordené al chofer que siguiera adelante, pero al advertir la presencia de unos guardias de asalto, asi como que el grupo echaba mano a sus pistolas, contraordené al conductor para que parase. Uno de los del grupo, joven que apenas contaria 25 años me dijo:

--¿Por qué no has parado cuando se ha hecho la seña?

Yo respondí que por llevar exceso de velocidad. Inmediatamente indagaron cual era nuestro cargamento y cual nuestra procedencia y destino, a lo que se les respondió la verdad.

Luego procedieron a registrar el camión minuciosamente y uno de ellos, encarándose nuevamente conmigo me preguntó extrañado:

--¿Pero es que no sabes lo que pasa?

A lo que yo torné a contestar que ignoraba por completo a lo que se referia, pues hasta la hora presente sólo me habia preocupado de negociar en bien propio y de los mios. Insistió mi interlocutor sobre si realmente no sabia el riesgo a que estaba expuesto por las circunstancias, y al repetirle con sinceridad que era cierto mi falta de conocimiento respecto a las "circunstancias" a que se estaba refiriendo, el joven que me interrogaba me puso al corriente de que se habia iniciado un Movimiento de sublevación militar contra el gobierno del Frente popular.

Terminado el registro y no habiendo dado ningun resultado anormal el mismo, se nos permitió seguir adelante. En Ventaquemada nos quedamos sin gasolina y no llevando dinero encima, hube de dejar al dueño de la gasolinera y en prenda del precio de veinte litros de gasolina una de las herramientas especiales de nuestro equipo, o sea el "gato".

Anteriormente y al pasar por Caudete de las Fuentes, el dueño de una casa de comidas, muy amigo mio nos preparo un buen almuerzo que no quiso cobrarnos. Y por último a los ocho de la tarde entrabamos en Valencia, descargando la sardina que traíamos desde Cedeira en un almacen de salazones muy próximo al Mercado Central.

(... ..)

Amaneció el 27 de julio de 1.936. La tragedia estaba en el apogeo de su iniciación, pero en Moncada, donde, como ya he dicho, residía con mi familia, reinaba relativa calma. Debido a esto, me dedicaba a mis tareas normales y solo el día a que hago referencia al principio del presente capitulo empecé a darme cuenta de la gravedad de la situación.

Por tener en mi poder un décimo de la Loteria Nacional, correspondiente al día 25 del mes que corría, por si éste habia sido premiado,

decidí ir al Ayuntamiento para consultar la lista oficial, que como es costumbre se remite al Concejo Municipal de cada pueblo.

A la entrada en las Casa Consistorial, observé la presencia de unos centinelas y ya dentro de ella me dirigí a un joven como de unos veinte a veintidos años que, al parecer, allí ejercía autoridad, para que me hiciese el favor de indicarme el sitio donde debía estar instalada la ya mencionada lista. El muchacho se me quedó mirando en actitud un tanto hosca y luego de meditarlo un poco, me dijo:

--Tu no puedes ver aquí ninguna lista de loteria; lárgate del Ayuntamiento. – y volviendose a otros compañeros que le rodeaban, ordenó ¡Cachear a éste!

Efectuado éste menester, el grupo de jóvenes me dejó en libertad y yo abandoné el Municipio con el consiguiente disgusto y sobresalto.

Posteriormente y teniendo necesidad de ir a Valencia para resolver asuntos de mi interés, me presente al comité para rogar a sus componentes que me facilitaran el necesario salvoconducto, El mismo individuo que días antes me habia hecho cachear y que me arrojó del Ayuntamiento, estaba presente y al oír mi solicitud aconsejó a sus compañeros de comité:

A Mundina, no se le puede extender salvoconducto alguno, sin que especifique los motivos que le obligan a salir de Moncada y concretar los días que ha de permanecer en la ciudad.

Los demás por aquella vez, hicieron caso omiso de la indicación de nuestro joven y sin otro contratiempo me extendieron el salvoconducto que pedia.

Finalizado el mes de Julio, se me comunicó la orden de que tuviera en buenas condiciones de marcha mi camión, por si lo necesitaba el comité. Mi chofer me dijo entonces que la caja del distribuidor estaba inutilizada y que era cuestión de marchar a Valencia para adquirir una nueva.

Este contratiempo fue puesto en conocimiento de los individuos que formaban el comité, para que ellos determinaran lo que habia que hacerse.

El uno de Agosto y siendome imprescindible personarme en Valencia comparecí nuevamente ante el comité para obtener el salvoconducto preciso, al mismo tiempo que me ofrecí para comprar la pieza que le hacia falta al camión. Como signo de fatalidad, penetró en el local donde nos hallabamos el muchacho al que ya me he referido repetidas veces y se opuso a que yo pudiera marchar a la capital, aprovechando la excusa de la compra de la caja del distribuidor que tanta falta nos hacia.

Mas tarde pude hacerme con la pieza mencionada y después que la hubimos ajustado, hacer entrega del camion, en completa forma de ser utilizado, al Comité.

Se me dijo entonces que aquello no significaba cesión alguna y que solo sería empleado en las necesidades propias del abastecimiento del pueblo, y que si en alguna ocasión yo lo necesitaba, podría disponer de él. Con esta garantía, al visitarme un fabricante de cal establecido en la localidad, con la pretensión de que concertáramos un acuerdo para transportar su mercancía a Alcira, díle mi conformidad, procurando recabarla al mismo tiempo del Comité.

Por esta circunstancia y teniéndolo todo dispuesto para el viaje, me dirigí al Ayuntamiento con el fin de gestionar el imprescindible permiso de tránsito. En el despacho, donde celebraban sus reuniones los miembros directivos del comité no había nadie y ya me retiraba, cuando se presentaron en la estancia dos jóvenes y preguntando por el capitán Kin. Achaqué a broma la tal pregunta al ver su actitud un tanto chusca y al hacer mención de salir del despacho, por una de las puertas de comunicación con habitaciones contiguas, surgió la inevitable figura del joven de anteriores ocasiones, al que, aun en la hora presente, no conozco ni había frecuentado mi trato en ninguna ocasión. Primeramente el tal se dirigió a los recién llegados preguntándoles que deseaban y al contestarle que necesitaban un salvoconducto, se lo facilitó a ambos, inmediatamente, retirándose los citados hombres y quedando yo solo ante el extraño personaje que parecía haber llegado a Moncada con el sólo objeto de oponerse a todos mis deseos. También a mí me preguntó cual era el objeto de visita y al responderle que el mismo que acababan de exponerle los que se habían marchado, en un tono de fría agresividad me dijo que yo no tenía derecho a ir a ninguna parte y que lo que tenía que hacer era no volver por allí ni pensar en la concesión de salvoconductos ni cualquier otro documento, añadiendo que lo que a mí me negaba podría conseguirlo mi chofer, si así lo solicitaba.

En el estado de ánimo que es de suponer, salí de la casa Consistorial y me dirigí a mi casa y de allí al local donde se hallaba el camión. Entregado al quehacer de repasar el motor, encontré a Daniel Greses, mi chofer, que inquirió de mí si me habían facilitado el "pase", respondiéndole negativamente y exponiendo a renglón seguido cuanto acerca de éste particular se me había dicho en la sede del comité.

Greses se fué para gestionar por su parte lo que nos hacía falta y tras un rato de espera le ví volver un tanto mohino.

--¿Te lo han dado? --le pregunté.

A lo que cual él respondió:

--Mundina, le aconsejo que lo mas pronto posible, tanto Vd, como su hijo Jaime, salgan de Moncada.

Quise averiguar el motivo, pero Greses me afirmó que en concreto nada sabía, pero que era muy conveniente hiciera lo que me había aconsejado.

Ante el peligro que esta indicación suponía, aquella misma tarde, a las dos, mi hijo y yo nos lanzamos a la ventura por caminos y montañas, hasta

llegar a Faura de los Valles, cuando era bien oscurecido. Ya en éste pueblo, nos tuvimos por seguros, tanto que los días que sucedieron a nuestra llegada, me dediqué a fumigar un huerto de mi propiedad de unas ocho hanegadas y media, plantadas de naranjo y viviendo en continuo contacto con los muchos amigos que en aquella población tenía.

No obstante y movido por la inquietud natural, decidí entrevistarme con el antiguo secretario del Ayuntamiento de Faura, al que me unía un conocimiento de muchos años, el cual me tranquilizó, asegurandome que una vez las autoridades lograran imponerse, nada había de sucedernos.

Y así llegamos al día 27 de Agosto, fecha trágica en los anales de mi vida. Alrededor de las diez de la noche de ésta fecha, hallándonos mi hijo y yo en casa de mi hermana Carmen, donde residíamos provisionalmente, llamaron a la puerta dos hombres que al abrirles y preguntar por nosotros nos dieron orden de salir y seguirles. Obedecimos ante la fuerza y custodiados por ésta pareja armada nos dirigimos hasta el lugar donde estaba establecido el cuerpo de guardia de la milicia del pueblo.

Una vez allí, observé dos autos parados a la puerta del edificio y a los que rodeaba un grupo de hombres armados.

Escuso decir que durante los minutos transcurridos en el trayecto mi imaginación trabajo sin descanso. Ni por un instante dudé de lo que se trataba y el natural apego a la vida me hizo concebir los mas absurdos planes para salvar mi existencia. Pero lo que más me preocupaba era la vista de mi hijo en aquel trance y rogué a Dios con toda mi alma que, si para librarlo a él fuera necesario el sacrificio más duro, que me fuera dado el realizarlo sin queja por mi parte. Ya ante los coches, nos indicó que debíamos subir a uno de ellos y entonces se me ocurrió una idea disparatada, tal vez grotesca, pero a la que, en parte, debo mi salvación. Y fué que llevaba la cabeza descubierta, supliqué a uno de los que nos conducían que se me permitiera el volver a casa a por mi sombrero. A lo que me contestó de la siguiente forma:

--¿Sombrero?. Así vas bien; ¡Para lo que va a servir!.

Insistí y tal vez por celebrar la póstuma humorada de una víctima, uno de ellos exclamó dirigiéndose a los demás:

--¡Ché, acompañeulo a per el sombrero!; ¡Total es custió de sinc minuts!.

Accedieron a acompañarme y volví por el sombrero, quedándose mi hijo en el cuerpo de guardia con los demás.

Al regresar, en mi mente no cabía otra idea que la de salvar mi vida y la de mi hijo. A pesar de la actividad de ideas y proyectos que se agolpaban en mi cerebro, la verdad es que no veía la solución por parte alguna. Entonces tal vez en un rasgo de locura, al llegar a un callejón muy próximo a la casa donde había quedado mi hijo, decidí morir corriendo y a éste efecto salí disparado de

entre los dos hombres que me conducían, emprendiendo veloz carrera por las calles que conducían a la plaza del pueblo. Muy pronto oí detrás de mí el estampido de dos disparos y poco antes de salir del callejón otros dos más. Al llegar a la plaza y frente a la iglesia, unos milicianos que llegaban a ella por una calle distinta, también dispararon sus escopetas sobre mí. Mi pensamiento no cesaba en su especulación, pese a la rapidez de los hechos que estaban sucediendo. “¿Cómo es que a pesar de los disparos que se hacen contra mí no me siento herido? - me preguntaba.

De pronto, como si un rayo hubiera caído a mis pies, mi atención, todos mis sentimientos, toda la fuerza espiritual y física que animaba mi vida, se volvió hacia el recuerdo de mi hijo. ¿Qué podía haberle sucedido a Jaime?. La contestación fue inmediata; oyóse a lo lejos el terrible ruido de una descarga y sobre mi corazón repercutió el golpetazo del cuerpo de mi hijo al abatirse a tierra mortalmente herido por la saña criminal de la horda.

Al poco, realizado su crimen, un grupo como de tres o cuatro hombres con armas apareció en un esquina con sus escopetas a punto de disparar y yo, como supremo recurso, me dejé caer en el suelo, fingiéndome muerto

Los milicianos se acercaron hasta el lugar donde yo había caído, para comprobar si en realidad estaba muerto. En éste trance supremo, me armé de una gran serenidad para evitar el mas ligero movimiento de mis músculos y contener en absoluto la respiración.

Uno de los del grupo se acercó unos pasos mas que los otros hacia mí. Con los ojos semientornados contemplé como su sombra se inclinaba sobre mi cuerpo y como al erguirse, también, se dirigía a sus compañeros diciendo:

--¡Este ya está bien!

A lo que otro respondió:

--Aun le falta el tiro de gracia.

Si bien al escuchar ésto no perdí la tranquilidad, no pude menos que pensar que mi fin era llegado sin remedio. Mentalmente envié un último adiós a mi esposa y a mis hijos, al propio tiempo que elevaba el pensamiento al cielo exclamando, “Tot siga per l’amor de Deu”.

Aun no había acabado la frase que antecede, cuando percibí el ruido de unos pasos que se acercaban y armándome de valor esperé estoicamente a que se disparará sobre mí de una manera impune y cobarde. Sonaron los tiros y sentí que se desgarraba mi carne como si me hubiesen aplicado en ella un hierro candente.

Después de ésto, el que mandó disparar dijo a los demás:

--Ahora ya nos podemos marchar.

Se alejaron y yo tras experimentar el primer dolor a que he hecho referencia, sentí una gran extrañeza, al poder comprobar que mantenía intactas todas mis energías. Como curadas por arte de magia, no me dolían las heridas y continuamente decía para mi interior, “Yo no moriré: si acaso perderé un brazo” y seguro de éste presentimiento, continuaba echado en el suelo fingiendo mi muerte.

No obstante, si que me daba cuenta que me desangraba y una ligera inquietud punzaba mi esperanza de vez en cuando, creyendo que tal vez a pesar de mi optimismo y de mi gran voluntad, no se llegaría a tiempo de restañar el abundante caudal de sangre que emanaba de las heridas.

De nuevo tornaron a percibirse pasos en la plaza y rozandome casi pasó un hombre en el que yo al instante reconocí a mi hermano Enrique, el cual desapareció llorando porque en la acera de enfrente los asesinos habían dejado un centinela para no permitir que nadie se acercara adonde yo me encontraba.

Durante media hora, solo se oyó en el silencio que reinaba en la plaza el recio pisar del miliciano que habían dejado a mi cuidado.

En momento tan angustioso como memorable, pude contemplar su figura agigantada al posarse en forma de sombra en las fachadas de los edificios que circundaban el irregular espacio de aquel lugar, en que se hallaba centralizada toda la actividad del pueblo.

De pronto oí claramente como alguien preguntaba al centinela:
¿Dónde está el muerto?

Ahí lo tienes camarada. – respondió mi guardian, señalando el bulto que en la obscuridad formaba mi cuerpo caído.

El que había preguntado se aproximó a mí, me tomó la mano y mientras me pulsaba la muñeca yo hice esfuerzos supremos para no respirar. Al cabo de unos segundos el hombre se incorporó y volviéndose al centinela que le acompañaba, dijo:

--Este hombre aun vive, habrá que darle otro tiro.

Imagínese el lector, cual sería mi impresión al oír estas palabras. Aun no sé hoy como me fué posible resistir cuanto relato.

El centinela le dijo al recién llegado, que por lo que pude apreciar era médico; para eso hay que avisar al comité que si oyen un disparo es para acabar con este hombre.

Por lo que antecede comprendí que las anteriores detonaciones habían sembrado la intranquilidad en el pueblo y mis verdugos trataban de que el hecho no se repitiese. Ello me ayudó providencialmente, pues volvió a aparecer mi hermano Enrique, a donde creía hallarme muerto llorando

amargamente por lo que él creía una desgracia definitiva, y reuniendo todas mis fuerzas, pude decirle en voz queda:

--¡Enrique no me abandones que no estoy muerto! ¡Si me curasen viviria!

Mi hermano, que por lo que despues pude apreciar, se habia enterado lo que habian hablado el centinela y el hombre que me habia tomado el pulso, desapareció, y al poco rato oí unos pasos que se aproximaban, era mi hermano y me dijo: ¡Hermano ya no te matan! ¡Te curarán!

De una esquina surgieron unos amigos en compañía de mi hermano me recogieron del suelo llevandome a casa del médico para que me practicara la primera cura. Acto seguido de serme realizada aquella, fui trasladado a casa de mi hermana, donde pasé la noche atormentado por el surgir violentisimo del dolor que me producian mis heridas. A pesar de ello pude dormir un poco.

A la mañana siguiente y tras enterarme por boca de mi sobrina Carmen del asesinato de mi infortunado hijo Jaime, pedí a mi hermano Enrique que se entrevistará con el comité, a fin de obtener permiso del mismo para continuar curandome, bajo la promesa de que una vez restablecido me marcharia a Moncada. A esta demanda el comité repondió que ya veria lo que habia de hacerse.

Asi, el 28 de Agosto, a primera hora de la mañana, uno de los miembros del comité, comunicó a mi hermano que el acuerdo recaido sobre mi caso era el que fuese trasladado en un camión al Hospital de Valencia. Inmediatamente, el vehículo citado se presentó ante la puerta y en compañía de dos hombres armados me subieron a la caja del mismo emprendiendose la marcha hacia Sagunto. Sin ningún incidente llegamos a la héroica villa y en un principio seguimos por la calle de Pacheco hasta alcanzar casi las afueras del pueblo, deteniendonos ante un edificio en uno de cuyos balcones ondeaba la bandera de la Cruz Roja, por lo que yo deduje que se trataba de un Hospital, donde era conducido para mi curación. Pero a poco nos pusimos otra vez en marcha, parando por segunda vez frente a la casa del Ayuntamiento por espacio de media hora. Y tras esta última parada dentro de la población, desembocamos en nuestra marcha a la carretera de Valencia, en cuya iniciación tornó a detenerse el camión bajando de él los milicianos que me acompañaban de Faura y subiendo otros dos de Sagunto a la cabina.

Antes que los que me habian conducido desde Faura abandonasen mi custodia, les pregunté:

¿Puedo estar seguro de que me llevan Vds, a Valencia?

Por toda respuesta obtuve una mirada hostil y tal vez no desprovista de ironia.

Reemprendido el viaje, se tomó efectivamente la dirección de Valencia, pero al llegar al cruce de la que desciende de Segorbe el vehículo, continuando su veloz carrera, siguió esta nueva ruta.

Yo me dí buena cuenta de ello, aumentando mi inquietud este proceder que inmediatamente consideré y calificué de engaño.

Vertiginosamente cruzamos Gilet y poco antes de llegar a Albalat del Taronchers la certidumbre de que se iba a cometer conmigo un nuevo atentado, hizo que desapareciera de mí como por ensalmo el dolor intenso que me causaban mis recientes heridas.

Un presentimiento natural hizo que todas mis energías se pusieran en tensión, “yo debo obedecer al comité de Faura; se me ha ordenado que vaya al Hospital de Valencia, y allí he de ir”; pensé.

Me levanté, pues, con mucho trabajo y con el ánimo pronto dije “¡Al Hospital de Valencia!” Y sin pensar en las consecuencias y sin calcular la enorme velocidad que en aquel momento llevaba el camión, dí un salto, arrojándome del mismo yendo a caer a mitad de la carretera. Como es natural me dí tan formidable golpe en la cabeza que, de momento, creí tenerla abierta. Pero con una energía superior, logré levantarme, procurando enjugar, por los medios a mi alcance, la mucha sangre que partiendo de mi nueva herida bañaba mi rostro y hasta me llegaba a velar la vista. Como pude, llegué hasta la orilla del camino y volviendome hacia donde seguía su marcha el camión, contemplé con alegría como se iba perdiendo en la lejano confin de la carretera.

¡Todo por la vida! Con firme decisión y una vez hube comprobado que mi huída no había sido observada de momento, emprendí la marcha hacia los Valles nuevamente. Conocía bien el terreno. Primero atravesé unos naranjales que formaban a modo de cuadros escalonados. La sangre seguía molestándome sobre todo, tejiendo a modo de cortina ante mi ojo izquierdo. Esto me hizo detener ante el paso de una acequia de un metro de profundidad, con el fin de lavar la herida y evitar en lo posible que molestase la hemorragia por ella producida en grado de que me impidiera la necesaria visibilidad. Aun no me había tendido en una de sus márgenes para facilitar la operación que dejo reseñada, cuando muy próximo a mí sentí una voz que exclamó autoritariamente:

--¡Alto!

Al volverme vi a un hombre, observando que no iba armado, pero por si acaso y procurando no ser visto por él, me arrojé al agua a tiempo que éste individuo desaparecía, tal vez en busca de fuerzas para detenerme.

Por la acequia llegué al río, cuidando de no dejar rastro y a poco gané la otra orilla y ya dentro de otro naranjal me eché de bruces ante un regato para beber ávidamente agua. Una vez satisfecha mi sed febril intenté arreglar los pantalones deteriorados al evadirme del camión y sugetándomelos con la mano

izquierda gané una distancia de unos 700 metros. Cubiertos éstos, hube de detenerme porque, como iba descalzo, mis pies se negaban a seguir adelante, desechos por la fatiga y cubiertos de pequeñas heridas y arañazos, producidos al seguir tan difícil camino, como el que me había visto obligado a recorrer.

Descansé un poco al abrigo y protección de los árboles y seguí después hasta ganar las estribaciones de una loma, paraje poco favorable para un fugitivo ya que el escaso arbolado que lo poblaba me mantenía al descubierto. Ya había coronado las dos terceras partes de su pendiente, cuando obligado por el cansancio, me refugié junto a un pino de bajo ramaje y me dediqué a inspeccionar el camino recorrido, por si alguien hubiera podido seguirme. Desde mi observatorio divisé a tres hombres en ocasiones distintas que, por las márgenes del río y en marcha normal, tomaron también direcciones diferentes. Más tarde éstos tres hombres a que hago referencia, se concentraron en un lugar determinado y entonces comprendí que, en efecto, tenían la misión de buscarme, pero que seguramente, tras la búsqueda por las cercanías del río, no pudieron suponer que un hombre mal herido, en condiciones físicas y morales bastantes inferiores, pudiera haber conseguido llegar hasta el lugar en que me ocultaba.

El instinto de conservación, no obstante, me hizo abandonar aquel improvisado observatorio y ganando el espacio que mediaba de un pino a otro con sumo cuidado, logré alcanzar la cúspide de la loma, desde donde aun pude ver a mis perseguidores registrar la espesura de los naranjales que se extendían a lo largo del río. Al descender por la otra parte de la loma, respiré pensando que, de momento, estaba salvado.

Atravesé luego un llano cubierto de viña, de cuyo fruto comí con ansiedad, pues a pesar de todas mis desventuras no podía renunciar a una más: El hambre. Intenté después abandonar aquel lugar e internarme en los bosques de pinos que cubrían unos montes cercanos. Pero mis pies llagados me impedían continuar. Un poco en contra de la dirección que yo seguía y en el centro de un viñedo, descubrí un algarrobo de gran tamaño, cuyo ramaje bastaba para ocultar a un hombre. Me dirigí a él y en el trecho de camino que me separaba de aquél algarrobo providencial, no se por qué pensé que en su cobijo había de hallar remedio momentáneo para una de mis torturas, o sea que tuve el presentimiento de que, junto al árbol generoso a que me vengo refiriendo, encontraría un par de alpargatas, objetos que habían de coadyuvar de forma definitiva al éxito de mi fuga. Efectivamente, al llegar al pie del algarrobo y al apartar el ramaje para ocultarme tras el mismo, lo primero que apareció ante mi vista fué el precioso hallazgo de un par de alpargatas a medio usar.

Con ayuda de aquel regalo de la Providencia y aprovechando la llegada de la noche, pude llegar a Faura cuando sonaban en el reloj de su torre parroquial las diez. Antes de llegar al poblado experimenté una nueva caída que me produjo la pérdida del conocimiento por unos instantes. Al volver en sí y con un gran esfuerzo pude levantarme y seguir mi camino. La sed y el hambre intensificaban su acción en mí junto con el dolor de las heridas y la fatiga. Descansé en una viña de las inmediaciones de Faura, buscando

afanosamente los escasos racimos que en sus vides quedaban, por haber sido hecha ya la recolección en ella.

Sobre las tres de la mañana y viendo que mi situación era cada vez más apurada, decidí aproximarme a una casa de comidas existente junto a la estación de Los Valles. Ya no me importaba ser descubierto, pues la desesperación empezaba a convertirme en un hombre insensible e inconsciente, deseoso del mencionado establecimiento, a tiempo que llamaba por su nombre al dueño, suplicándole que hiciera el favor de abrirme para darme un poco de agua, pues la sed me mataba. No respondió nadie y ante esto me fui a la parte trasera de la casa y me dejé caer bajo un naranjo. Al recuperar otra vez la fuerza, insistí en mi llamada muchas veces y al fin se entreabrió la puerta de un balcón y con voz atemorizada me rogó el tabernero:

-- Fasa el favor de anarsen.

--¡Un vaso de agua, por favor! – supliqué.

-- Fasa el favor de anarsen, que en compromet – repitió él.

--¡Me muero de sed! – insistí.

--¡Vayasé!, respondió él, cerrando con miedosa cautela la puerta que había entreabierta.

¿Qué remedio? El odio suele alumbrar tantos cobardes como criminales. Ante la negativa de aquel hombre que se había titulado amigo mío, continué angustiosamente mi éxodo, cruzando sembrados y huertos, con la idea de ver si podía llegar a una propiedad mía. En mi marcha hallé un campo recién regado y en el que aun se formaban pequeñas balsas de agua sobre la tierra. Tiritando de frío y de fiebre penetré en él y agachándome con mucho trabajo, sin notar que mis pies se hundían en el barro, con la mano izquierda que todavía me quedaba sana empecé a llevar agua a mi boca, sin distinguir si aquella era sucia o limpia y hasta quedar satisfecho. Salí del campo con más fatiga que cuando penetré en el mismo. De mi última caída llevaba resentidas las costillas y aparte de las heridas, el brazo derecho había sufrido fractura por dos partes.

Como pude, logré llegar a mi huerto y bajo un naranjo, donde acostumbraba a dormir la siesta en los días venturosos de una paz olvidada, me acosté, manteniéndome durante unas horas en una somnolencia de inquietud. Al amanecer cruzó por el camino que linda con mi propiedad un camión. Creyendo que se trataba de algo relacionado con mi persecución, me levante apresuradamente y cruzando veredas abiertas entre los naranjales llegué a una marjal que posee mi hermano y que se halla próxima a mi huerto, desde donde observé que el camión seguía su camino sin detenerse para nada y que por lo tanto mi alarma había sido injustificada. Al regresar a mi punto de partida, cruzando un huerto, me encontré de pronto frente a un hombre. No sentí temor por éste encuentro y antes bien pensé que el hado que venía

concediendome su protección a lo largo de mis trágicas andanzas, enviaba en mi ayuda aquel ser.

--¿Me conoce Vd.? --dije resueltamente, encarándome con el recién llegado.

-- Si, Vd. es Mundina, el comerciante de naranjas, respondió sin inmutarse, añadiendo a continuación: Yo soy el casero de Toni, el dueño de la serrería...

--¿No podría Vd. facilitarme un poco de agua? ¡Tengo mucha sed! -- exclamé, poniendome como quien dice en sus manos.

-- Si, espere que vaya a casa y se la traeré. Pero antes póngase éste sombrero- respondió él, pasando su sombrero de su cabeza a la mía y emprendiendo en camino hacia su casa.

A poco volvió aquel amigo que, como ya he dicho, me había sido enviado por Dios, movido a misericordia por mi estado, provisto de un cantarillo de agua rezumante de alucinadora humedad y con un pan y lo que nosotros llamamos un bollo de chocolate. Intenté comer y no pude, pero alcé el cántaro y me puse a beber sin tregua y con la ambición del sediento que atravesó millas y millas del desierto y que por fin halla un oasis en el que le es dado satisfacer una de las necesidades más apremiantes para la vida de un hombre.

Este mismo hombre, en plan de buen samaritano, se encargó a ruegos míos, de avisar a mi hermano Enrique y decirle donde me encontraba.

Más tarde al volver a la marjal ya encontré allí a Enrique con una botella de leche, galletas y alcohol para desinfectar mis heridas. En la misma finca me cambié de ropa después de atender rudimentariamente a todos mis males físicos.

Reconfortado de la manera que dejó descrita, mi hermano y yo pensamos enseguida en lo que pudiera convenir a mi mayor seguridad y acordamos que hasta nuevo aviso, pasara el día y la noche en un bosque de chopos, un tanto alejado de nuestras propiedades. Encaminados a tal lugar, Enrique me preparó una cama en el rincón que juzgamos más a propósito en mi singular refugio.

Al amanecer del día 30 de Agosto, una voz que iba acercándose por momentos me despertó sobresaltado.

--¡Tío, tío, tío.- llamaba.

Me incorporé en mi lecho de hojas y a poco apareció ante mí un muchacho, que corriendo vino hasta el espléndido dormitorio que natura me había ofrecido en el momento que los hombres me perseguían como a una alimaña indeseable.

--¿Qué no me conoce Vd.? – Inquirió el chiquillo.

-- Si, tu eres Micalet, ¿Qué quieres?

-- Levantese y márchese en seguida donde pueda, porque puede que vengan a por Vd. y sería su perdición y la de toda nuestra familia – explicó con ansia sobresaltada el pequeño.

--¿Y donde voy yo ahora sin hablar con tu tío Enrique? – respondi.

--El me ha dicho que si Vd. quiere, que vaya al huerto que tiene Juanito de Pedro-Antonio, frente a la finca que procura Francisco Camarells, o sea la “Levantina”. Como Vd. sabe, linda con la carretera de Barcelona, y una vez allí espere, porque tal vez pase un coche con guardias de asalto y se lo lleven al Hospital de Valencia.

Esto fue lo último que me dijo Micalet, que apresuradamente emprendió la vuelta al pueblo.

Cansado, ávido ya de una solución, me dirigí al sitio que me indicaba mi hermano por mediación de nuestro sobrino. Una vez allí, me senté sobre un haz de ramas de naranjo y me dediqué a otear de vez en cuando el camino, en espera de ver llegar el auto que se me había señalado, Cercano el mediodía, apareció mi hermano Enrique que me trajo nuevamente provisión de galletas y leche y tras comentar cuanto me había sucedido y la imposibilidad casi segura de que pudiera realizarse mi traslado al Hospital de Valencia, protegido por fuerzas del cuerpo de Asalto en bien de los míos, tomé la resolución de emprender yo a pie y como fuese el camino a Valencia.

Me despedí de mi hermano Enrique abrazándole a la par que le decía:

--Ya veo que no puedes hacer más de lo que has hecho. Yo supongo un peligro para todos vosotros y me marcho por mis propios medios a la Capital. No sé si llegaré vivo, pero no te preocupes, si muero, moriré con entereza y mi pensamiento puesto en vosotros. No te hago otro encargo que cuides de Amparo y de mis hijos.

Y siguiendo por bajo de Sagunto y término de Canet de Berenguer llegando el 31 de Agosto al término de Puzol y por entre viñedos, alimentandome exclusivamente de uvas llegué a un finca del Término de Rafelbuñol, cuyo dueño me era conocido. El casero de este amigo al pedirle agua, me facilitó un vaso de leche con muy poco café. A continuación rogué a quien tan buena acogida me había dispensado que llamase al procurador que administraba la propiedad encareciendole que así lo hiciese, pues ya podía juzgar, por mi aspecto, la situación en que me encontraba.

A toda prisa, el casero cumplió mi encargo y el procurador vino en mi ayuda con la mejor intención.

Con la seguridad de que nada había de pasarme, este señor se entrevistó con el Alcalde y le convenció de que se interesase por las circunstancias verdaderamente dignas de compasión que ocurrían en mi caso.

Bien acomodado entre aquellos amigos que se desvivieron por atenderme, esperé la resolución del comité de Rafelbuñol y este a su vez se puso al habla con el de Moncada; se acordó que fuera este último quien se hiciera cargo de mí.

El día 1 de Septiembre, por fin, llegó a Rafelbuñol un auto procedente de Moncada para conducirme a dicho pueblo, cosa que se realizó ingresando en el Hospital de la localidad y sometiéndome a una detenida cura y proporcionándome una buena ración de leche caliente que acabó por devolverme parte de las energías perdidas durante tantos días de odisea terrible contra toda suerte de adversidades.

El día 2, después de interrogarme sobre asuntos por mí ignorados y cuyo contenido me causaba la mayor extrañeza, optaron por trasladarme a Valencia y no habiendo camas en el recinto de presos con que cuenta el Hospital Provincial, fui destinado a la enfermería de la Prisión Celular, de cuyo establecimiento salí cuatro meses después para ocultarme y salvar mi vida nuevamente amenazada.

Como colofón a la verdad de estas memorias sencillas, sin pretensión de ninguna especie para ser catalogadas en historias de heroísmo o destinadas a hacer resaltar una fuerte personalidad, he de añadir que otro de mis hijos ofreció el sacrificio de su vida joven por Dios y por España.

Dos pedazos de mi corazón, dos seres en plenitud de vida y de ilusión, luz que pensé que iluminara el sendero poblado de obstáculos y de oscuridad de mi vejez, muriendo a manos de la horda incivil de triste celebridad por su vileza, y su sangre generosa de mártires, es mi deseo que al quedar derramada sobre esta tierra bendita de España, no fructifique odios y que salvado el principio de justicia, por amor a esa misma sangre, resurja potente, luminosa, como un faro que señala en el mar proceloso de las miserias humanas el puerto de redención que ha de formar la grandeza de nuestra Patria y la fraternidad rediviva entre los españoles.

Jaime Mundina Soler

Valencia, Abril 1940